

Examen de lectorado. Nivel avanzado B2

Completa el texto conjugando los infinitivos en los tiempos adecuados del indicativo. Si aparecen dos infinitivos, elige el correcto.

En una de las hojas de la puerta había un pequeño cartel. Hospital psiquiátrico, decía.

El abrigo azul que el portero llevaba encima de la bata blanca me (distraer) de mis reflexiones. Le dije que (venir, yo) con intención de visitar a un amigo. Al pasar por el jardín, (ver, yo) los rosales, los campos de tenis, los arroyuelos artificiales que (atravesar) las cuevas hechas en la roca, todo completamente abandonado. La casa en sí estaba más cuidada, pero tenía unos monstruos añadidos a las contraventanas verdes: unos barrotes de hierro negros y muy gruesos. En un principio (suponer, yo) que habían sido colocadas para que nadie (escaparse) Pero pensando un poco más, (darse, yo) cuenta de que tenían una función mucho más angustiosa: estaban allí para impedir que nadie (tirarse) desde aquellas ventanas.

– Creo que (hacer, usted) un viaje en balde. El estado de su amigo es muy grave – me dijo el director cuando le (indicar, yo) la razón de mi visita.

Me llevó al piso de arriba.

– Primero entraré yo. Y cuando (entrar) usted, por favor, no (hacer) ningún movimiento brusco.

La habitación estaba acolchada y por el resquicio que dejó el director (poder, yo) ver a mi amigo sentado en la cama. Cuando el director me dijo que (pasar, yo), me (acercar, yo) a él poco a poco.

Completa el texto usando las palabras de la lista.

al, alguna, antes, aquel, aunque, cada, cuyo, entre, para, para, por, por, quizá, sino, también

Poco después llegó el joven que se había arremangado los pantalones ———- entrar en el agua y repartió entre los ancianos los billetes que acababa de comprar.

-Que cada cual conserve su billete –les dijo-. Preséntenlos ———- subir al vaporetto y, sobre todo, no los vayan a perder.

Los ancianos, que acusaban una fatiga considerable, respondieron a esta admonición con un murmullo débil. El joven se sentó al lado de Fábregas, ———- aislamiento habían respetado hasta entonces instintivamente los ancianos, y le explicó que aquel grupo lo integraban devotos de San Mamas, que acudían todos los años a aquel lugar en ———- día preciso con objeto de conmemorar la llegada de las reliquias del santo a la isla.

-Su número, por desgracia, es ———- vez más exiguo –añadió el joven bajando la voz, para que sólo pudiera oír este comentario su interlocutor.

-¿El de las reliquias? –preguntó Fábregas.

-El de los devotos – corrigió el joven.

-No es un santo popular –dijo Fábregas.

-Usted lo ha dicho. Cuando vinieron a buscarme para que oficiara la ceremonia, habiendo fallecido el párroco de San Salvador, que lo hacía habitualmente, hube de documentarme ———- la ocasión.

-Ah, luego es usted sacerdote.

-Coadjutor, pero no le estaba hablando de mí, ———- de la devoción por San Mamas, cuyos orígenes, según pude deducir, se remontan al siglo quinto, nada menos.

-Me deja de una pieza.

-Al parecer, en esos tiempos, ———- el cristianismo ya era la religión oficial del Imperio Romano, todavía subsistían muchos centros de paganismo y de superstición, contra los que las autoridades luchaban en vano. Uno de estos centros, ———- el más célebre, era el llamado santuario de Dioniso, dios de la embriaguez, situado en las inmediaciones de Atenas, donde su culto tenía mucha raigambre. Allí vivían unos sacerdotes que, invocando a ese ídolo, podían realizar prodigios como convertir los hombres en bestias, hacer brillar el sol a medianoche, las piedras hablar, las tortugas volar y resucitar los muertos. ———- había allí una fuente milagrosa que sanaba las enfermedades a quienes bebían de sus aguas, restauraba las energías perdidas y conservaba el vigor de los años mozos, y una vieja pitia o adivina que predecía el futuro. No hace falta decir que ———- unas cosas y otras el santuario atraía un número considerable de fieles, ———- lo que el gobernador del lugar, deseoso de contrarrestar su influjo, decidió erigir un templo cristiano justo enfrente del de Dioniso y pidió al Sumo Pontífice que le enviara ———- reliquia con tal fin, a lo que accedió el Papa con sumo gusto. Cuando el templo estuvo enteramente construido, el Papa envió allí los restos del mártir Mamas, canonizado pocos meses antes. No bien estos restos hubieron sido depositados con gran unción y pompa en un sarcófago de mármol ricamente labrado, el sarcófago colocado bajo el altar mayor del templo, y el templo consagrado ———- el obispo de la diócesis, los sacerdotes de Dioniso perdieron sus poderes, el sol y la luna regresaron a sus órbitas, la fuente dejó de manar y la profetisa quedó muda. Esto motivó una conversión en masa y el santuario de Dioniso fue derribado por los mismos que, perdida ahora la fe, poco ———- acudían a él henchidos de ella.

Nombre y número de matrícula:

Lee el texto y decide si las afirmaciones son verdaderas (V) o falsas (F)

LA DAMA DE ARINTERO

Al morir el rey Enrique IV de Castilla sin descendencia, en 1474, se disputaban el trono su hermana Isabel (casada con Fernando de Aragón) y su hija Juana la Beltraneja (casada con Felipe V de Portugal).

Isabel y Fernando (Los Reyes Católicos) convocaron Cortes en Medina del Campo para recaudar fondos para la guerra y pedir ayuda a sus súbditos para derrotar al enemigo.

El conde García (padre de siete hijas), hombre principal de Arintero recibió con gran tristeza la noticia del llamamiento de sus soberanos porque ya había cumplido 60 años y no tenía un hijo que le relevara en su obligación de defender la honra de la familia y servir al rey y a la patria. Al oír las lamentaciones de su padre, Juanita, la hija mediana, se ofreció a ocupar ella el lugar que hubiera correspondido al tan ansiado hijo varón. Una vez conseguido el consentimiento paterno, y tras un breve período de entrenamiento en las lides guerreras, Juanita, con el pelo corto y la identidad de "caballero Oliveros", partió hacia el campo de batalla donde pronto adquirió fama de hombre justo y valiente.

El gran arrojo del capitán Oliveros contribuyó en gran medida a ganar la batalla de Toro, decisiva para vencer definitivamente al rey portugués. Sin embargo, esta misma valentía fue la causa del descubrimiento de su verdadera identidad en el campo de batalla: en un momento difícil de la lucha, el caballero Olivares tiró con tal fuerza de su lanza que saltaron los botones de su jubón dejando al descubierto su blanco pecho.

La noticia de que uno de los caballeros más valientes había resultado ser un mujer se extendió como reguero de pólvora por todo el campamento y pronto llegó a oídos de los generales, del almirante de Castilla y hasta del mismísimo rey Fernando, que la mandó llamar a su presencia y le pidió explicaciones por su sorprendente conducta. Una vez aclaradas las cosas, el rey decidió otorgarle un deseo. Juana García le pidió que en veinte leguas alrededor de Arintero no hubiera que pagar contribución de sangre ni de dinero. El rey le otorgó su deseo, la reveló del servicio y le ordenó que volviera a casa.

Juanita, a lomos de su fiel caballo "Gallardo", emprendió feliz la vuelta a casa deseosa de hacer partícipes de sus aventuras y del regalo real a sus familiares y vecinos. Al llegar a La Cándana, ya cerca de Arintero, se detuvo a contemplar una partida de bolos y allí le dieron alcance unos soldados enviados por algunos nobles que, celosos por los privilegios reales que había obtenido, deseaban su muerte. Aunque Juanita se defendió con el arrojo y valentía que la caracterizaban, tenía todas las de perder en tales circunstancias, y cayó abatida por las lanzas de los mismos soldados que le habían ayudado a vencer al enemigo común. Este fue el triste final de la valiente Dama de Arintero, legendario personaje de la cultura leonesa, cuyo escudo puede ser admirado en la Cándana, lugar que la vio morir, y en Arintero, lugar que la vio nacer.

El valor de Juana la Beltraneja ayudó a ganar la batalla de Toro.

El conde García tenía siete hijos varones.

Enrique IV murió sin dejar herederos

Juana García murió en batalla

El rey fue generoso con la "Dama de Arintero".

Juana la Beltraneja era esposa del rey de Portugal.

La verdadera identidad del caballero Oliveros se fue descubriendo poco a poco.

Lee el siguiente texto y después escribe unas 150 palabras dando tu opinión sobre el argumento ¿Estás de acuerdo con lo expresado por el autor de la carta? ¿Por qué?

Hay un viejo dicho español que dice: "Allá donde fueres, haz lo que vieres". Y el dicho no tiene desperdicio, y como emigrante a otra nación un tanto distante de nuestra cultura, como es Dinamarca, he podido comprobar la sabiduría del dicho. Es decir: Hay que adaptarse y aceptar los modos de vivir de quien te hospeda. Hay que respetar su lengua, su modo de vestir, sus valores, su cultura... Hay que mostrar respeto como huésped por tu anfitrión. Y si así se hace, el respeto se vuelve mutuo. Y eso vale tanto para un gallego que emigra a Andalucía, un catalán a Galicia, o un madrileño a Cataluña. Tanto más para un marroquí de otra cultura y religión, y modo de vivir tan diferente de la nuestra.

Desgraciadamente, esa capacidad de adaptarse, de aceptar lo extraño, lo diferente..., es función de la cultura y preparación del individuo. Depende de la seguridad que tenga en sí mismo. Y cuanto más pobre se es, menos preparación tiene una persona..., más insegura se siente, más le cuesta adaptarse, más rechazo siente por lo "extranjero". (Y naturalmente depende también de la hostilidad del medio donde se llega). Esa inseguridad da muchas veces lugar a una predisposición a rechazar cuanto tenga que ver con el anfitrión, y no ver más que lo negativo. Así pues, la xenofobia, el rechazo por lo diferente, por lo que viene de fuera, no es sólo de una parte. Puede haber tanta o más xenofobia de parte de algunos marroquíes hacia el español, como de algunos españoles hacia el marroquí.

Yo recuerdo que como estudiante cogía el tren temprano hacia Barcelona, y a veces tenía la suerte de tomar el expreso. Y algunos vagones iban llenos de marroquíes... El suelo estaba lleno de orines, el vagón apestaba, y estaban echados sobre los asientos, ocupándolos todos... Pues en esos momentos me olvidaba de toda consideración de seres humanos, maltrechos, apaleados.. Yo los hubiera devuelto a su tierra de inmediato. ¿Es eso racismo? ¿Es eso xenofobia? Simplemente es choque cultural, es la reacción que da el sentir que no respetan tu casa. Se puede ser pobre, se puede ser ignorante, pero eso no te obliga a ser sucio, a no tener respeto por ti mismo y los demás... Las teorías y las filosofías están muy bien, de lejos. Pero cuando se viven los hechos, lo que cuenta son nuestras emociones, las reacciones de nuestro subconsciente.

Es triste lo que sucedió en El Ejido, y no debería haber sucedido, ni debe volver a suceder... Pero no puedo condenar lo que fue una reacción natural, aunque seguro que pagaron justos por pecadores.

¿Odio yo a los extranjeros? No. Les exijo que respeten el lugar donde se les acoge, del mismo modo que yo considero mi obligación respetar y adaptarme a la nación y a la cultura del pueblo que me ha acogido. Creo que es un exigencia, y una obligación lógica y justa. Dicho esto, no puedo por menos que mirar la otra cara de la moneda, y decir que me extraña y me preocupa que todos discutan la xenofobia o no de los españoles, pero nadie se preocupa por las condiciones y las causas que hicieron aflorar esa xenofobia.

Nadie pone en cuestión la moralidad de los empresarios que se han enriquecido a costa de mal pagar, y maltratar a personas, que por no conocer la lengua, ni costumbres, ni poder defenderse, y por la miseria en que viven en su país aceptan cualquier condición que se les impone. Y eso no ha favorecido precisamente ni la adaptación, ni el respeto por el país que más que cobijarlos los trata como esclavos... Nadie se pregunta porqué las autoridades dejaron que se acumulara tanto marroquí en el pueblo, porqué se permitió que se trataran así a los emigrantes. Porqué no se regularizó la emigración, etc. etc. Nadie se pregunta por qué la población estuvo tan callada... ni por qué toda la culpa se la echan a los emigrantes marroquíes, y nadie piensa que quizás es una responsabilidad que pesa tanto o mucho más en los representantes políticos y en la población que en los emigrantes.

Y lo más importante de todo... ¿y ahora qué? ¿Se va a corregir algo?, ¿se va a cambiar algo? ¿Qué dice el pueblo de El Ejido? ¿Qué exigen los vecinos a sus autoridades?... ¿Va a servir de algo tanta tinta derramada? A mi me gustaría oír las opiniones de algún vecino de El Ejido, sus exigencias, sus problemas... Son ellos los que deben de tener la palabra... Nosotros no somos más que cómodos espectadores, que aplaudimos o nos rasgamos las vestiduras.

Ramón Sánchez Morillo, Glostrup (Dinamarca)